

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO



HEMEROTECA

MUNICIPAL

Num. 460 MADRID

Año X

Barcelona, 14 de Septiembre de 1899



Los ojos de esta morena  
se parecen á mis ma'es:

grandes como mis fatigas,  
negros como mis pesares.





## La Modelo

### IV

#### Si es algo el amor... ¿es eso?

Aunque Claudio López tenía contra sus muchas bondades el defecto de ser testarudo, Elena Luna le hizo transigir fácilmente: «¡armas al hombro, y qué bien pensado estaba aquello!» Era un golpe de diplomacia digno de la moza.

—Dispute el demonio, que es amigo de enredos y de procuradores. A mi madre no hay que tenerla mala voluntad: su intención era noble, nobilísima.

—¿Cómo noble? — interrumpió Claudio. Y sacara á relucir sus pintorescos discursos acerca del deber, reglamentado militarmente, (pues eran para él las ordenanzas la flor de los códigos) si no le detuviese Elena tapándole graciosamente la boca para que no soltara heregias.

—La señora Hinojosa de Abrenuncio pleiteaba por amor de su hija, deseando que no quedase yo á su muerte con rentas mezquinas, buenas sólo para un modesto pasar. Merece aplauso, no lo negará usted.

—¿Cómo aplauso? Niego ¡vaya si niego!

—¡Jesús, qué hombre más feroz! ¿No ve cuán sola estoy en el mundo, y que todo es en él peligro y lazo contra una infeliz criatura, que además de huérfana tiene la desventura de ser guapa? ¡Porque usted no me negará que soy guapa!

—En eso sí que estamos conformes. He visto pocas mujeres que tengan, como usted tiene, tanto... tanto... ¡armas al hombro! que nunca haya yo podido decir esas cosas tan dulces, tan ricas, que agradan... que... ¡Anda, salero, ya estoy atolondrado! En fin, que tiene usted ángel, y que si no fuera porque me falta el sexto, ó séptimo, ó ene sentido, (que no está todavía bien averiguado cuantos sentidos tiene el hombre), el del amor, seguro que yo me enamoraba de usted ¡y la quería... la quería... más! Como...

—Como quieren los tontos, es decir, todos los que se enamoran; como quiero yo á mi primo Jorge.

Levantóse de la silla Claudio, y fué tan grotesca y rara su actitud, que no pudo reprimir su linda interlocutora la risa. Quedó esparrancado, con los brazos caídos, con los ojos desmesuradamente abiertos, dando prueba de profunda conmoción. No hubo tiempo para que aquella inteligencia deslumbrada, reponiéndose del susto, verificase ninguna operación mental. La señorita arguyó:

—Sí, como usted lo oye; estoy enamorada, poco menos que loca; y no me salga con que aquí hay argucia, propia de abogado; yo no brindaría mi mano á Jorge si no le quisiera, con el solo y exclusivo objeto de dar á la lucha una solución pacífica y ventajosa para los dos. Aunque quedase totalmente arruinada, se lo juro. A mi madre le apasionó el pleito, á mi el pleiteante: es una ley progresiva de la cosa al sér que raras veces deja de cumplirse. Mi madre, por sus años, podía llegar hasta el odio; pero yo, espíritu que despierta á los goces y á las dulzuras del vivir, no sé aborrecer á nadie, y menos á mi primo, que tiene rasgos de hombre superior, y que además no es feo. Yo no le había visto sinó dos ó tres veces, de pequeña. Casi no me acordaba de él cuando empezó la batalla; el pleito dichoso hizo que viviera en nuestra casa, ausente, como una sombra, pero con vida de obsesión, vida poética. Primero hablaba mi madre del pillastre de su sobrino, y en fuerza de ponerle como un trapo, se despertó en mi alma la curiosidad de conocerle; un día me levanté haciendo esta reflexión: «puede que no sea tan malo». Y sometí su historia á un proceso inquisitorial. Escribí á toda la familia, y por referencias ó valiéndome de terceras personas, á los amigos,





—¡Buen Caballo!  
—En cambio te aseguro que tu primo es mejor jinete que tú.



á cuantos iba yo descubriendo que habian intervenido en los azares de su rara y extravagante existencia. Usted mismo recibió el año... el año 86 una carta escrita en Valladolid, donde viviamos entonces, pidiéndole datos...

—Justo, del coronel de caballeria retirado, don Ricardo Enriquez Vega. Y... ¿no ha sabido usted, de lo que hacia Jorge por aquella época en Valdehumbroso, más que los informes míos? O mejor dicho, ¿le satisficieron á usted aquellas noticias?

Elena sonrió picarescamente.

—Mucho me halagaron — contestó. — Figúrese que en Bilbao, de donde Jorge se trasladó á Valdehumbroso, enfermo, no tísico, pero casi, casi... figúrese que en Bilbao estuvo si se suicida ó no se suicida; y aquí gracias al cariño de usted y á las atenciones que le prodigaron en casa de Zemprana...

—¡Eh! mi carta al coronel Enriquez no hablaba de semejante cosa.

—De las atenciones nó, pero de Zemprana, con quien jugaba en el casino á carambolas, sí: ya le he dicho que puse en práctica un sistema inquisitorial. Bueno; con los indicios que usted me proporcionó tuve bastante para reunir otras pruebas dirigiéndome á varias personas de esta población.

—Y supo usted...

—Supe que comía Jorge todos los sábados en casa de Zemprana; supe que la mujer de éste era bonita, despierta, amable; supe que la noble dama había contribuido, sin desdoro de su nombre, sin menoscabo de su virtud, á la salvación de mi pariente; supe que apadrinó á Zemprana, y que éste murió en desafío... y supe más, amigo Claudio.

—¿Más? ¡Armas al hombro! ¿Supo usted más? ¿y por dónde? ¿y de dónde? ¿y cómo? ¿Quién es el canalla, de quien voy á hacer jigote, si usted le descubre, que le ha ido con soplos de reptil inmundo?

—Si alguna duda abrigase, respecto á la veracidad de los datos que me suministraron, las palabras de usted la disiparian. Usted acaba de confirmar con ese ademán furioso, con esa voz de insulto, que...

—Yo no he dicho nada, yo nada demuestro. Nó, señora, nó: conste que de mi boca no han salido...

—Más que sapos y culebras. Claro ¡como no tiene usted la conciencia tranquila!

—¿Eh? ¡Armas al hombro! que yo no tengo...

—La conciencia tranquila, ya lo he dicho... Jorge hizo todo lo posible, esfuerzos supremos por salvar á Zemprana de la muerte; usted, en cambio, con sus quisquillas, con su falsa idea del honor, le condenó á morir.

—¡Ah!

Y en esta expiración, Claudio López, removiendo el aire ténuemente con su respiro, ¿quién lo diría? echaba fuera del pecho todo un mundo de tristezas y de pesadumbre.

—¿De modo que usted no sabe nada más? ¡Cristo! ¿Que está usted convencida, es lo que yo quiero decir, de que he matado á Zemprana?

—Distingamos: le mató Carrascosa; pero usted tuvo la culpa de que el duelo se pactara á muerte, y á la menor distancia posible. Usted representaba entre los padrinos la intransigencia.

—El insulto era grave; Zemprana queria y debía matar.

—¡Bah! ¿Usted cree que la reputación de una mujer depende de una palabra grosera, de un insulto echado á volar por el primer advenedizo? No hay en Valdehumbroso quien murmure de la viuda; después de tantos años Antonia sigue tan respetada y querida de las gentes. Ya sabe usted que Carrascosa intentó volver al cabo de algún tiempo, creyendo que nadie se acordaba de su hazaña, y donde no alcanzó la ley alcanzó el desprecio de sus conciudadanos. Carrascosa tuvo que realizar sus bienes y emigrar. No le arriendo la ganancia.

—Bueno, quedamos en que usted se había enamorado de Jorge... Siga usted la historia.

Y Claudio volvió á respirar con fuerza: parecía que faltaba aire en la atmósfera para sus pulmones, de tal modo que cayó, desplomándose, sobre la silla de donde le había levantado no sé qué viento de tempestad. Elena acercó la mecedora en que se balanceaba, y dándole una palmadita suave en los artejos que se descubrían por tener los puños cerrados, las manos crispadas, añadió cariñosamente:

—Nó, no crea usted que yo soy el abogado de la acusación y echo mano de todos los recursos para desbaratar al enemigo. ¡Si yo le quiero á usted porque en aquella ocasión puso á prueba el alma de Jorge... y su talento!

—¡Que si lo puse!

—Bueno, pues tenga usted entendido que el contraste de todas estas pruebas, con el continuo apóstrofe que en mi casa resonaba contra mi primo, provocó mi apasionamiento. Me había acostumbrado á pensar en él de tal manera que no se separaba su imagen de mi imaginación, no sólo durante la vigilia, sinó tampoco en sueños. Cuanto más le hería



mi madre más me irritaba el agravio. A la postre conseguí que en las conversaciones no figurase como un granuja: ya se hablaba de él diciendo «nuestro pariente», y á lo sumo «nuestro contrincante». Y este trabajo continuo, de todos los días, que empleaba yo para convertir el ánimo de mi madre, era trabajo noble; porque, ¡mírelas usted, por éstas! yo no sabía lo que era amar, ni pensaba que me había enamorado de Jorge. El milagro ha sido patente ahora, al encontrarme abandonada en el mundo. El dolor, la amargura, la tristeza de ver á la madre tendida en el ataúd, no sabe usted lo que es, si no ha pasado usted por semejantes azotes del infortunio. Yo no sé explicarlo; no sé decir, sinó que sentía ansia mortal, deseos incomprensibles de tender los brazos para estrecharlos en el pecho de otro, de hablar cariñosamente para que respondieran á mi acento con ternura: y entonces, entonces, amigo, abandonada, no oyendo á mi alrededor más que frases de consuelo frío, es cuando el amor se ha hecho carne, cuando el ensueño vago, ideal, se ha convertido en imagen tangible. No sé si usted me comprenderá: al morir mi madre, único sér que absorbía todo mi cariño, he necesitado depositar ese anhelo de confianza, de dulzuras inefables é íntimas (porque no es cierto que el que se va se lleva todas nuestras energías á la tumba) en otra persona; y al volver mis ojos y mi pensamiento en torno mío, no he hallado más que... á Jorge. Jorge estaba cerca de mí, porque llenaba mi imaginación; Jorge era otro individuo de mi familia, el único que podía llenar las aspiraciones de mi espíritu. ¿El pleito? ¿Usted se figura que me he acordado yo del pleito al morir mi madre? Quisiera ser inmensamente rica, soberana, señora de la tierra para ofrecer mi fortuna á Jorge: quisiera ser miserable para que él se fijara en mi hermosura, y deslumbrado por la pasión, por la lumbre de mis ojos, me estrechara en sus brazos: quisiera que ni uno ni otro poseyéramos bienes, para compartir con él mi humildad y mi miseria. Ya ve usted si le amo, si le adoro. ¿Quiere usted que le diga más? Sé que él sufre, sé que es un neurasténico, sé que no le curarán médicos ni drogas. Jorge necesita una mujer que sienta la vocación de mártir, y que padeciendo mucho, mucho en esta vida, acaso á costa de su existencia, le salve de un fin desastroso. En ese momento de lucidez, sintiendo en mi abandono la desgracia de otra alma más triste que la mía, se ha iluminado mi espíritu y me he visto apta para amar. ¡Oh, el amor es eso, eso, y no otra cosa, verdad, Claudio?

—¿El amor? No sé lo que es el amor; pero el amor... el amor... si es algo, es eso que usted dice. Así también amo yo; por ejemplo, amo á Jorge, aunque comprendo que mi cariño es impotente para curarle. Pero... ¿Y si él no siente la misma inclinación respecto de su persona?

—Ya he pensado en eso; no importa: él no ha querido ni quiere á mujer alguna. La transacción en el pleito le obligará á casarse conmigo. Supongo que no me ame: antipática no puedo serle: cuento, pues, con mis fuerzas para el sacrificio, para atraerle poco á poco.

—Cuenta usted conmigo.

Y Claudio, que no sabía disfrazar sus sentimientos ni reprimir sus sensaciones, estrechó efusivamente sobre su corazón á la que hasta entonces había sido su enemiga.

\*\*\*

No pudo Jorge adivinar lo que tramaban su prima y Claudio, porque éste no supo ó no quiso descubrirle la sorpresa; lo que le embelesó, robándole el espíritu, fué este párrafo escrito al pie de la epístola por Elena: Ayer me tropecé con la viuda de Zemprana en Murcia. Me preguntó por ti y me encargó que te saludase. Está guapisima.»

J. F. Luján





## La Cantaora

I

Con la guitarra en los brazos  
se arrebujá en el pañuelo,  
tose fuerte, da un *jipío*  
mira á los bajos y al techo,  
suspira, toma una copa  
que le ofrece un compañero,  
y dibujan gesto horrible  
sus labios que piden besos.  
Se limpia ¡pero en qué formal  
con la punta del pañuelo,  
¡de aquel pañuelo riquísimo,  
en que se ven arabescos  
y flores y pajarillos

y un hermosísimo fleco,  
igual que la cabellera  
de los ángeles del cielo!  
Templa después la guitarra  
y este cantar echa al viento:

*Mi persona es cual la nave  
que no tiene rumbo cierto;  
¡Con carga de desengaños,  
pesares y sufrimientos!*

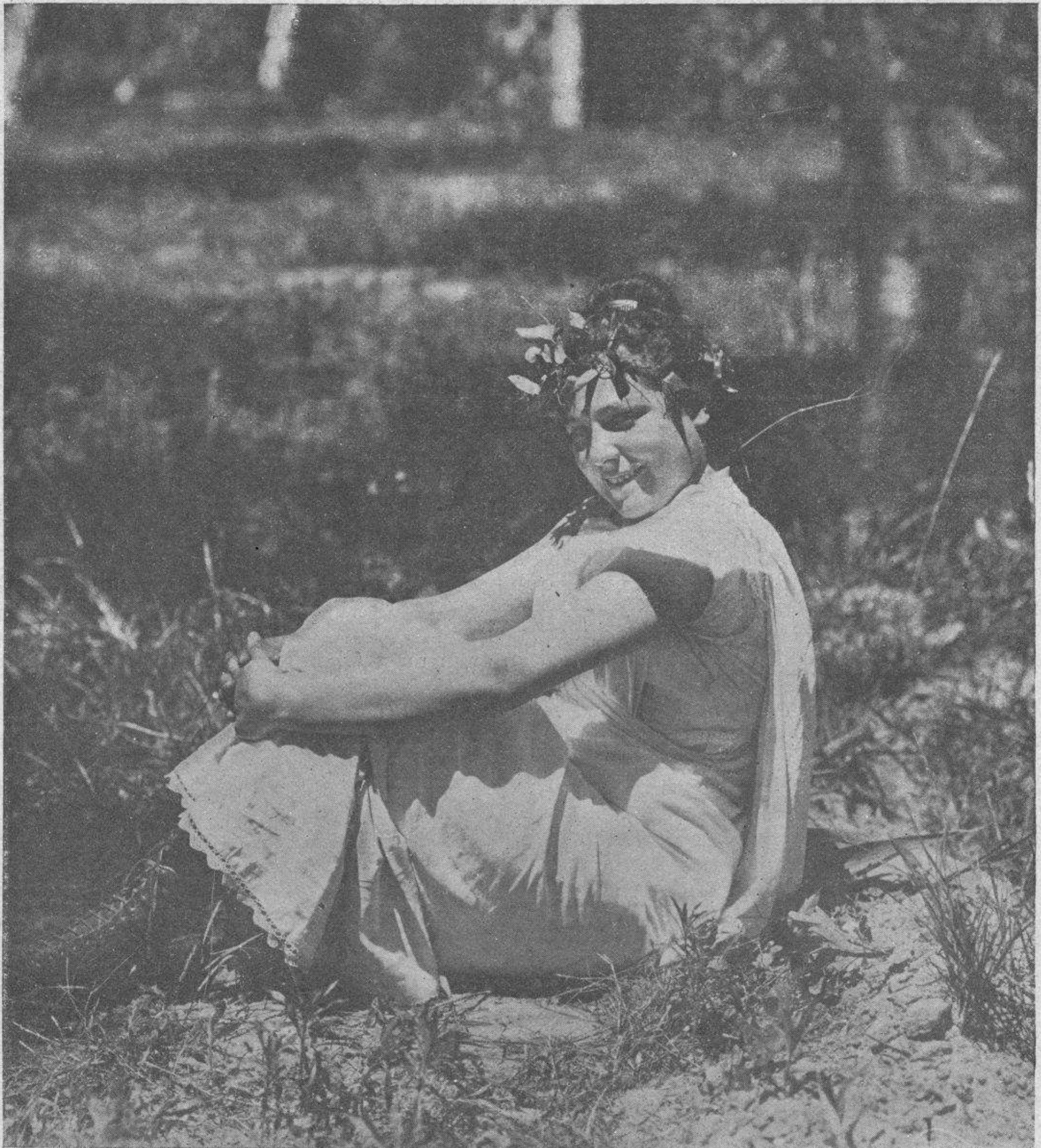
y repite las estrofas  
y le dicen: — «¡Cuerpo buenol  
— ¡Olé tu *zangre!* — ¡Vidital  
— ¡Eres mi gloria y mi cielo!»...

II

En la silla, la guitarra  
deja, con aire resuelto,  
y se marcha del tablado  
en que ocupó *digno* puesto.  
Después en un *reservado*  
la veréis luciendo el cuerpo  
y adoptando unas posturas  
que causan asco ó desprecio,  
á cambio de unas cañitas  
que le paga un *estafermo*.

.....  
¡Y este es el tipo acabado  
que gusta á los extranjeros!

J. ENRIQUE DOTRES



Por el campo siento amores,  
pues las flores me enamoran  
y aquí se vive entre flores.



## Escenas matrimoniales

Gabinete de GABRIELA. Muebles lujosos. Es de noche.

LUCIANO (entrando).—¿Se puede?

GABRIELA (ocultando rápidamente un papel).—¡Ah! ¿eres tú? Ya no creí verte hoy.

LUCIANO.—Sí, pensaba haberme retirado más tarde, y como en ese caso tú hubieras estado ya acostada...

GABRIELA.—Mi señor marido se hubiera

retirado discretamente á su cuarto sin molestarte.

LUCIANO.—Me parece que las cuatro ó las cinco de la madrugada no son horas para entrar en el tuyo. Eso se queda para las alcobas de las *cocottes*.

GABRIELA.—¿Que tú frecuentas?

LUCIANO.—Nó, hija; que frecuentan otros, pero cuyas costumbres conozco yo.

GABRIELA.—¡Es verdad! no es correcto que un marido se aproxime á su mujer á cualquier hora del día ó de la noche en que llegue á su casa. Hay que guardar las formas, pero hay que renunciar á esas expansiones de cariño.

LUCIANO.—¡Hola, hola! ¿Hoy te muestras amable, sensible?...

GABRIELA.—Me muestro como siempre; creo que no pudiste tener queja de mí en otras ocasiones.

LUCIANO.—Nó, es que otras veces, son otras las palabras conque me recibes.

GABRIELA.—Poco más ó menos...

LUCIANO.—Depende del sitio donde hayas pasado la noche, y sinó, veamos, ¿dónde estuviste hoy?

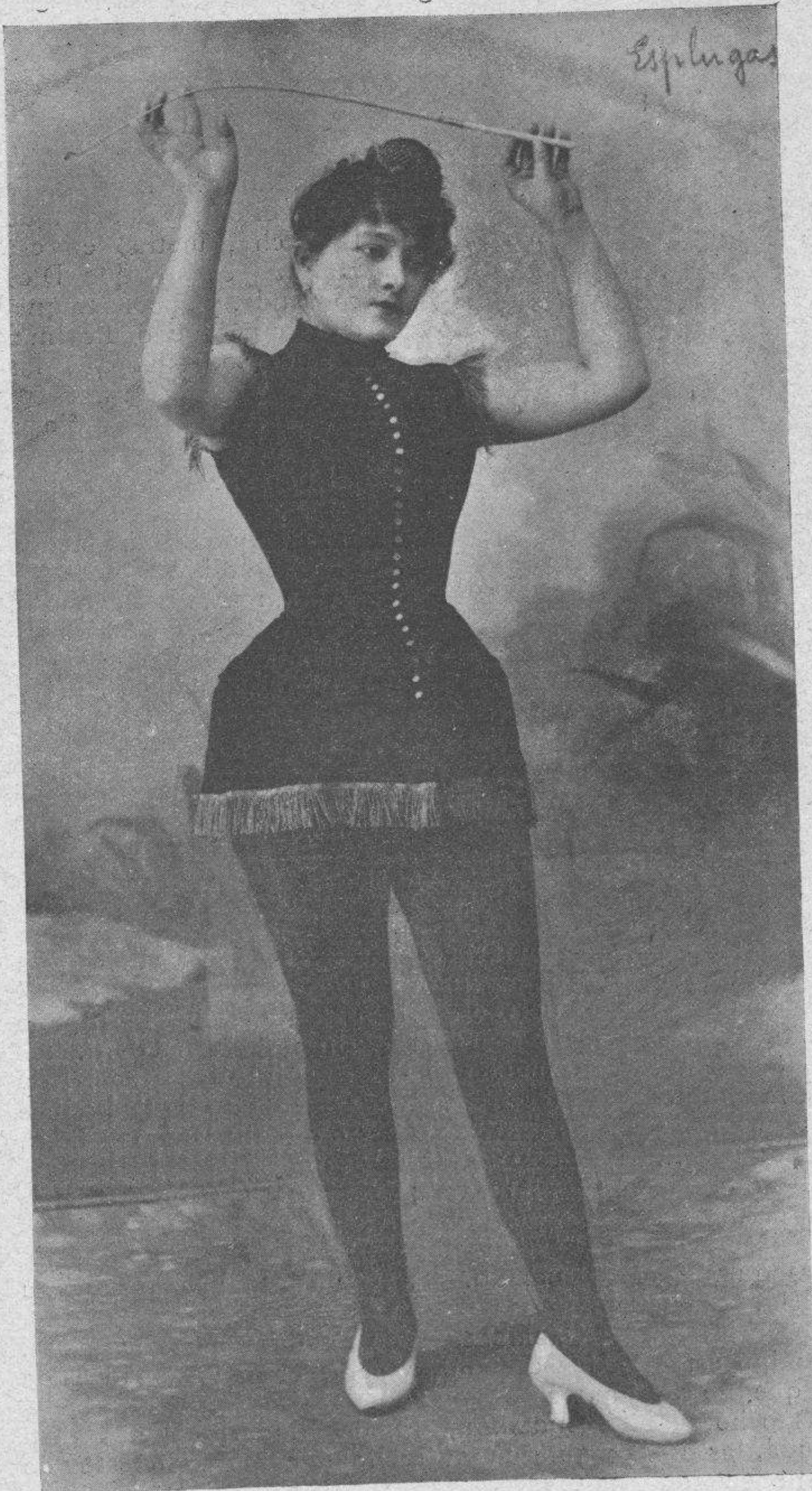
GABRIELA.—En la *Comedia*.

LUCIANO.—¿Ves? ya está explicado. Sin haber visto el cartel, puedo decirte, sin miedo de equivocarme, qué obra representaban. ¿A qué era una de esas comedias llamadas finas, género Eguilaz, un poquito cursis y con final moralizador? Algo en que se habla de la paz del matrimonio, de la santidad del hogar... y de recogerse temprano.

GABRIELA.—Eso era; pero no en tono de burla, como el que tú empleas en este momento; allí estaba debidamente demostrado...

LUCIANO.—No sigas; eres la criatura más impresionable que darse puede. También, después de una representación de *Demi-monde* y otra de *Francillón*, tenías unas ideas completamente disparatadas é impropias de tí. ¡Oh! y estabas poseída de lo que decías.

GABRIELA.—¡Búrlate! Lo que he debido hacer es no



Domadora de fieras. . y de hombres.





Primer premio en las carreras por ac'amación.

tentarme con tener ideas, sinó ponerlas en práctica.

LUCIANO.—¡Qué disparate!

GABRIELA.—Sí, señor, sí; la epistola dice que la mujer seguirá al marido, y yo he debido seguirte en tu manera de obrar, haciendo exactamente lo mismo que tú.

LUCIANO.—¡Oh! entonces estoy tranquilo, no habrias hecho nada malo.

GABRIELA.—Más vale así: me alegro por ti, por mí sobre todo.

LUCIANO.—Es decir, que si yo te hubiera engañado, tú á la vez...

GABRIELA.—¿Qué sé yo? Difícil me hubiera sido, porque ni mi educación, ni mi manera de pensar me hubieran dejado; pero... Porque es triste, muy triste ¿sabes? el que una mujer que ha depositado su cariño, su alma entera en un hombre, se ve despreciada por éste y suplantada por otra que, sin ningún título y sin ningún sacrificio, se apodera de él.

LUCIANO.—Bien, hija; pues conmigo estás tranquila, pues demasiado sabes que ese caso no ha de llegar. Cierto que trasnocho, pero de buena manera ¿sabes? sin duda, las diversiones que lejos de ti me retienen son siempre honestas y no te agravian.

GABRIELA.—Ya lo sé. Te pasas el día, y sobre todo la noche, metido en ese maldito casino que Dios confunda, y apenas te queda tiempo que dedicarme.

LUCIANO.—Es que los amigos...

GABRIELA.—Sí, sólo á ellos procuras complacer.

LUCIANO.—Es que ciertos compromisos... Mira, por ejemplo, ahora tengo uno ineludible.

GABRIELA.—¿De qué se trata?

LUCIANO.—Verás; Manolo Lamazares y Perico Gar-

bea, se han empeñado en que les acompañe al monte de este último y estemos allí unos días de caza. Ya ves, yo procuré negarme; pero tanto han instado, que no he tenido más remedio que ceder.

GABRIELA.—¿De manera que te vas?

LUCIANO.—Sí, mañana, en el primer tren de la mañana.

GABRIELA.—¡Ya! Por eso has vuelto esta noche más temprano que de costumbre.

LUCIANO.—Claro, ¿por eso... y porque no quería marcharme sin despedirme de ti.

GABRIELA.—Te agradezco la intención, y siendo así, no te entretengo: debes acostarte ahora mismo, puesto que has de madrugar.

LUCIANO.—¿Me despides?

GABRIELA.—¡Nó, por Dios! Creo que debes descansar, ya que te esperan unos días de fatiga.

LUCIANO.—¡Y tan de fatiga! No lo sabes tú bien.

GABRIELA.—Pues, anda y hasta la vuelta. Piensa en mí, y persevera en esas ideas de antes.

LUCIANO.—¿Puedes dudarlo? Estás bien segura de mi fidelidad como yo lo estoy de la tuya.

GABRIELA.—¡Oh! de esta...



LUCIANO.—Adiós, Gabriela (*la besa*) hasta la vuelta, ¿qué piensas hacer entre tanto?

GABRIELA.—Como siempre, iré con las tías.

LUCIANO.—Bueno, adiós.

GABRIELA.—Adiós.

(Sale LUCIANO.)

★ ★

GABRIELA (*poco tiempo después, escribiendo en el papel que ocultó al entrar LUCIANO*). — «... en este momento mi marido me acaba de dar una noticia que nos hace variar el plan; no me esperes mañana donde siempre. Aguarda carta mía y en ella recibirás agradables sorpresas. Por hoy te adelanto el que voy á tener dos ó tres días en que me podré dedicar enteramente á ti, y en que no pensaremos más que en querernos...»

★ ★

LUCIANO (*escribiendo en su despacho*). —

«... de manera que ten preparado algún sitio donde pueda tener guardados mis arreos de caza, pues siempre son peligrosas las armas de fuego. Ténme preparado el traje, pues ya comprendes que vestido de cazador no podré salir á la calle. Te llevo un regalito, ¿sabes? aquellos pendientes que tanto te gustaron.

Hasta mañana, querida, y no te olvides de despedir á tu madre por estos dos ó tres días, porque sabes bien que...»

★ ★

LUCIANO (*entrando en la alcoba de GABRIELA*). — No me queria marchar sin decirte adiós.

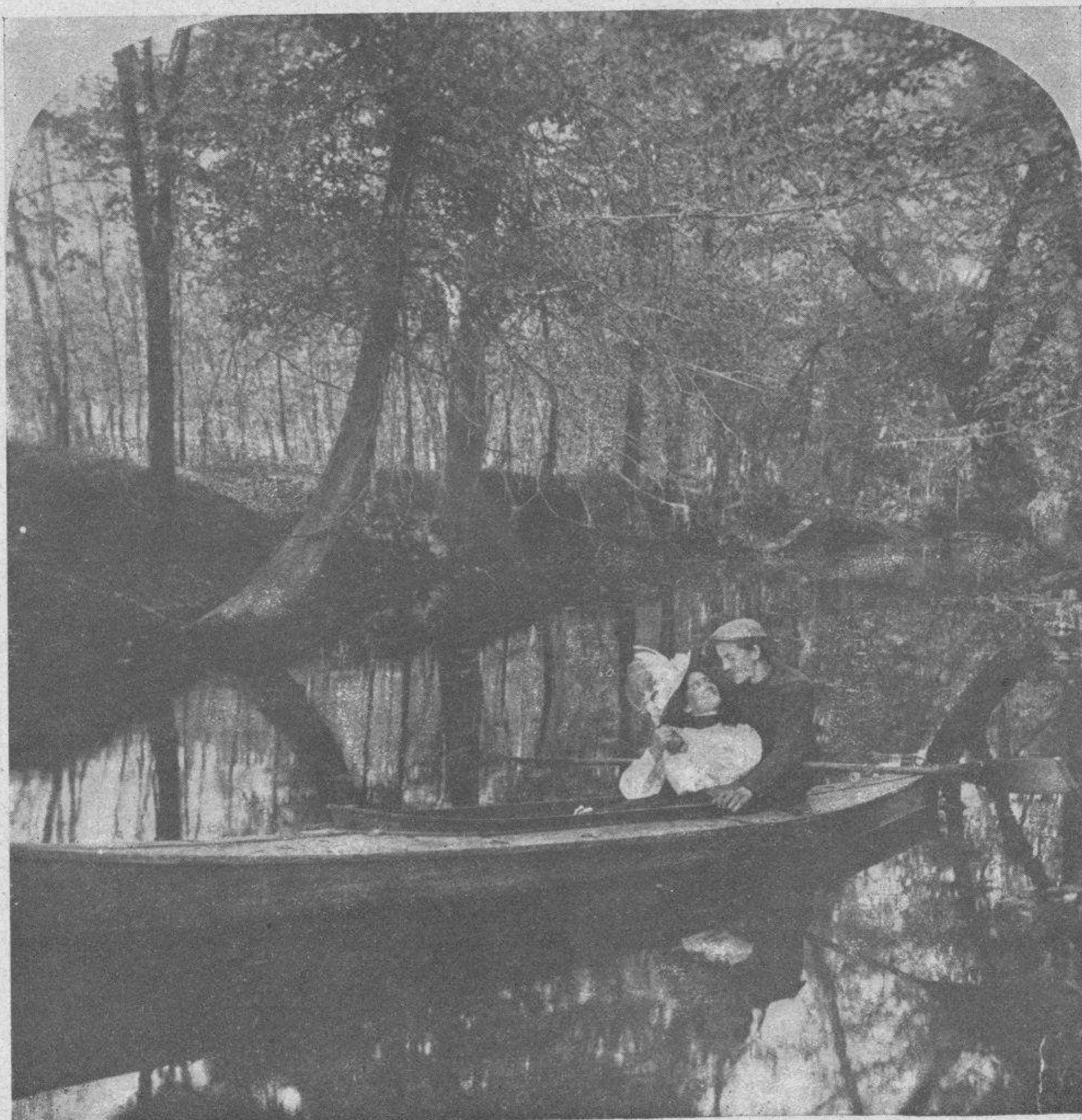
GABRIELA.—Te lo agradezco, pero anda, que vas á perder el tren.

LUCIANO.—Adiós, hasta la vuelta.

GABRIELA.—Adiós; que cazes mucho.

LUCIANO.—Ya procuraré... (*silbando al perro*) ven aquí, Otelo.

AGUSTÍN R. BONNAT



— ¡El amor! Que vengan á definirlo los doctores; yo no sé más que sentirlo á tu lado.





En el Harem. — La Favorita.

(Cuadro de Ullastrini.)



## Entre caballeros

—Á mí no me pega *nalde*,—  
decía ayer Juan Etcétera,—  
y si viene un catedrático,  
pongo de ejemplo en la cuenta,  
y se propasa y me injuria,  
y sin decirme «ahí vá esa»,  
me ofende con mano airada,  
propinándome una *escelsa*  
*gofetá*, ¿abéis lo que hace  
un ciudadano que tenga,  
como yo valores múltiples,  
y pundonor, y vergüenza?  
—Llamar á un guardia

—¡Graciosol  
—poner la megilla *neutra*.  
—¿Te figuras tú que Cristo  
resucita en toas las épocas?  
—Lo que haces es *repudiarlo*.

—Lo que yo haría, *babiecas*,  
como *cualquier* obispo,  
*pus* es confirmarlo en regla  
dándole el cambio debido  
en diez ó doce monedas  
de bambú-s ú de fresnos.  
—¿De la China ó de la América?  
—Del Rastro, morral.

—Escucha,  
¿eso es requiebro ú ofensa?  
—¿Eso que es? llámarte bruto,  
—¡Bruto yo! ¡Tén, pá tu *agüelal*  
y á ver si logras, *menistro*,  
la conversión de la deuda.

—  
Sonó un golpe redoblado  
en la faz de Juan Etcétera;  
echó su mejilla lumbre

y le saltaron dos muelas;  
corro hicieron los testigos.  
lo mismo que en toda guerra,  
declarándose neutrales,  
hacen corro las potencias,  
y no hubo más, pues el otro,  
el ofendido, por réplica  
al contundente argumento,  
vocó de esta manera:  
—Seis testigos del agravio,  
—Otra! ¿pá qué?

—Sí que es buena  
¿vás á mandarle padrinos  
como *cualquier* hortera?  
—Voy á *dir á ca* un dentista,  
y que éste pague la cuenta.

CARLOS SAMUEL



Coristas y bailarinas.



## El desastre filipino

El teniente Otero. — Pruebas de traición.

...Cuando bajé á reunirme con los demás oficiales, llegaba el teniente Otero, de la compañía de voluntarios de Pangasinán, á la entrada del Gobierno. Venía del convento con ocho soldados, mandado por su capitán á dar cuenta al Jefe militar de las novedades ocurridas durante el ataque de la noche, y á pedirle que le permitiera salir con la fuerza, que había dispuesto con este objeto, á desalojar á los revolucionarios de las trincheras.

En la puerta le salió al encuentro el Médico, quien después de darle la enhorabuena, le preguntó:

—¿Han tenido ustedes bajas?

—No; tres ó cuatro soldados heridos levemente, sin importancia de ningún género. No hace falta que los vea usted,—contestó Otero con indiferencia. Añadió:

—Voy á ver al Comandante Flandes; ya hablaremos luego.

Y se dirigía á las habitaciones de la izquierda en donde se hallaban establecidas las oficinas, en el momento en que aquél salía, precipitándose á saludar alegremente al joven oficial.

—Hola, Otero, ¿qué hay? Entraremos á hablar aquí.

Subieron cuatro escalones de madera que daban acceso á la oficina, y tomando asiento uno á cada lado de una mesa escritorio, el teniente habló de esta manera:

—A las siete, ya anocheado, oímos claramente desde el convento ruido como de cortar cañas, de levantar piedras con la piqueta y colocarlas en otro sitio, unas encima de las otras y tirar tabiques de tabla de algunas casas próximas; en una palabra, que nos convencimos de que estaban atareados en la construcción de trincheras. Al mismo tiempo, oíamos ladridos de perros hacia el camino de la estación. Todo nos hizo presumir, pues, que no tardarían en presentarse. Luego, á las ocho, vimos luz en una casa, y por el ruido y la algazara que llegaba hasta nosotros, cabía suponer que estaban cenando, probablemente los que se iban á poner al frente del movimiento; en la planta baja de la casa había apostada una murga con algunos instrumentos de música, que amenizaba el acto.

Flandes soltó una carcajada y dijo:

—Tiene gracia; siga, Otero.

—La fiesta y el jolgorio, duraron hasta las once y cuarto, en que cesó la música; hubo un momento de tranquilidad casi absolu-

ta, volvió á quedar á obscuras la casa, y poco después, á los acordes de la marcha de Cádiz, acompañados de una gritería inmensa, ensordecedora, invadió la plaza una muchedumbre enorme, cuyo número era muy difícil calcular, pero que mi capitán y yo hacemos ascender lo menos á la suma de 10,000 hombres. Al sorprenderles la descarga, se dirigieron en tropel, haciendo algunos disparos, al mercado; y desde allí, parapetados en una trinchera, que habían construido anteriormente, empezó el fuego graneado de ellos y el nuestro por descargas cerradas. El fuego, como usted pudo oír, duró toda la noche, y durante el transcurso de ésta, no cesaron de llamar á los voluntarios para que se pasaran á ellos y de insultarnos á los oficiales y al capitán, especialmente á mí, pues me llamaron por mi nombre y me amenazaron para hoy para esta mañana.



Caida del angel.





Ya me tienen aburrida  
de amarme con tanto empeño.

¿No saben que no ha nacido  
el que de mí ha de ser dueño?

*Stebbing.*

Por eso deseo salir con la fuerza que va ahora á tomar las trincheras, para conocer al que me hablaba anoche y que vea que acudo á la cita.

—¿Y no ha podido usted conocer quién era?

—Lo sospecho, casi lo aseguraría; era Avecilla. Flandes quedó sorprendido.

—Quizás me equivoque,—dijo Odero, temeroso de levantar una calumnia, que caería con todo el rigor de la ley sobre la persona interesada.

—Piense usted bien lo que dice, porque si tiene usted algún dato que le acuse, será fácil darle su merecido.

—No; no puedo asegurarlo, ni quiero,—contestó el oficial noblemente.

—Nada, nada; pues vaya usted á ver si á la vuelta puede decirme algo más seguro,—dijo el Comandante levantándose y dirigiéndose en compañía del oficial á la escalera.

La fuerza estaba formada. La mandaban el capi-

tán D. Marcelo González y los tenientes Odero, Tejedor, Orellana, Barreal y López Donoso. Poco después, salían del Gobierno en dirección al convento. Al mismo tiempo se destacaron veinte hombres al mando de un sargento en dirección del río, situado detrás del Gobierno.

Apenas habría llegado la fuerza al puente, que separaba la plaza del convento de la del Gobierno, cuando se oyeron los primeros disparos.

Los disparos de uno y otro lado se cruzaban, y muchas balas traspasaron la planta baja del Gobierno por encima del parapeto de maderos; algunas daban en el mismo parapeto.

De pronto una voz que era difícil precisar de donde había salido, ni quien la había dado, pronunció:

—Hay un herido.

El Médico que estaba hablando con algunos oficiales, se levantó y preguntó:

—¿Dónde?

—Arriba; es un paisano,—le contestó un soldado.

Y aquél se apresuró á subir las escaleras, de tres, en tres.

En efecto; en la habitación de los bastes estaba Aquilino Yllera, herido en el hombro, á quien se había brindado á curar el Gobernador civil que era Médico Mayor retirado del cuerpo de Sanidad Militar.

El Médico del destacamento siguió curando al herido que no era de gran importancia, pues, al parecer, no había interesado la articulación.

—Vaya, vaya, esto no es nada; no se apure

usted,—dijo el Médico, animando al pobre que seguía pálido como la cera.—Y ¿cómo ha sido?

Yllera contestó con voz temblorosa:

—Pues hacía ya un gran rato que había cesado el fuego y me decidí á salir de aquí, y cuando apenas había puesto el pie de la puerta para fuera, sonó el primer disparo del río y ese fué para mí. Ya ve usted si he sido desgraciado.

Realmente, había sido una fatalidad lo ocurrido, porque tratándose de un hombre como Yllera que en toda la noche no se había atrevido á salir de la habitación, demostraba ser muy desgraciado el que precisamente fuera para él, el primer disparo que hicieron los revolucionarios aquella mañana desde la trinchera de la orilla del río.

El Médico terminó de vendarle la articulación herida y bajó, dirigiéndose á la entrada del Gobierno. En el trayecto encontró al teniente Orellana, quien le preguntó:





Tarde de verano.

—¿Quién es el herido?

—Yllera, hombre,—dijo el Médico sonriendo, y continuó:—el pobre había estado toda la noche aterrizado por las descargas, y cuando quiso hacerse el valiente, porque ya no oía tiros le salió uno de ellos por la culata y le hirió.

Orellana se echó á reír en el momento en que llegaban al parapeto de maderos.

—Ahí llega un herido, mi teniente,—dijo uno de los centinelas, dirigiéndose al Médico y señalando con el dedo el punto por donde venía

—¿Quién es?—pregunto éste antes de llegar.

—El teniente Odero,—contestó el soldado.

—¡Pobre Odero!—exclamaron á un tiempo Orellana y el Médico, dirigiéndose presurosos hacia la camilla.

Odero venía echado en la camilla; pálido el rostro, descajadas las facciones, hundidos los globos del ojo en las cuencas de las órbitas, con la expresión del dolor y del sufrimiento retratada en el semblante. Al Médico le hizo muy mala impresión la vista del herido. Bien claramente lo dió á entender el gesto de disgusto que hizo en su presencia y la palidez que adquirieron sus facciones.

Al verles, Odero extendió su mano y dibujó una sonrisa en sus labios contraídos por el dolor...

...El fuego seguía, pero muy lejano. Esto autorizaba á suponer que el enemigo iba haciendo fuego en retirada y los nuestros le perseguían.

Cuando el Jefe militar se separó del Médico, se le presentaron á éste el capitán Mosquera y el teniente López Donoso, de la Guardia civil, que tenían contusiones leves. Y cuando apenas había acabado de decirles lo que debían de aplicarse, llegó dando gritos de alegría y vivas á España y al ejército, la fuerza que había salido en persecución de los revolucionarios.

Se hace imposible describir el entusiasmo de aquellos soldados que volvían victoriosos, de

desalojar de las trincheras al enemigo, quien, á pesar de huir á la desbandada, había quedado maltrecho por el fuego certero de los nuestros.

El capitán González, que mandaba la fuerza, se presentó al Comandante rebotando por todos sus poros alegría y entusiasmo.

—Corren como gamos,—fueron sus primeras palabras.—Hemos destruido todas las trincheras, y ahí traemos algunas armas y objetos encontrados en ellas.

Efectivamente: un soldado venía con varias armas, entre las que se contaban algunos fusiles y escopetas y varios bolos (machete largo de punta afilada). Otro enseñó al Comandante una guitarra, de cuyo extremo pendían unos lazos de seda con los colores nacionales.

—Esa guitarra,—dijo el capitán,—era de uno de los hijos del Conde de Villanueva, y ha sido encontrada en una de las trincheras.

Todos los oficiales que se hallaban cerca del grupo formado por el Comandante Flandes y el capitán González, atestiguaron y corroboraron las palabras de éste.

El Comandante Flandes que se había asombrado al oírlo, no se atrevía á negar lo que todos aseguraban de modo tan categórico, y se conformó con exclamar:

—¡Será posible!

La noticia de haberse encontrado la guitarra en una trinchera enemiga, corrió vertiginosa, con la velocidad del rayo, de boca en boca, y los oficiales, la colonia civil, los soldados, en la galería, en la habitación de los bastes, en todas partes en fin, se hacían comentarios y se pronunció desde entonces el nombre del Conde de Villanueva con horror, como lo que era: como un traidor á la patria.

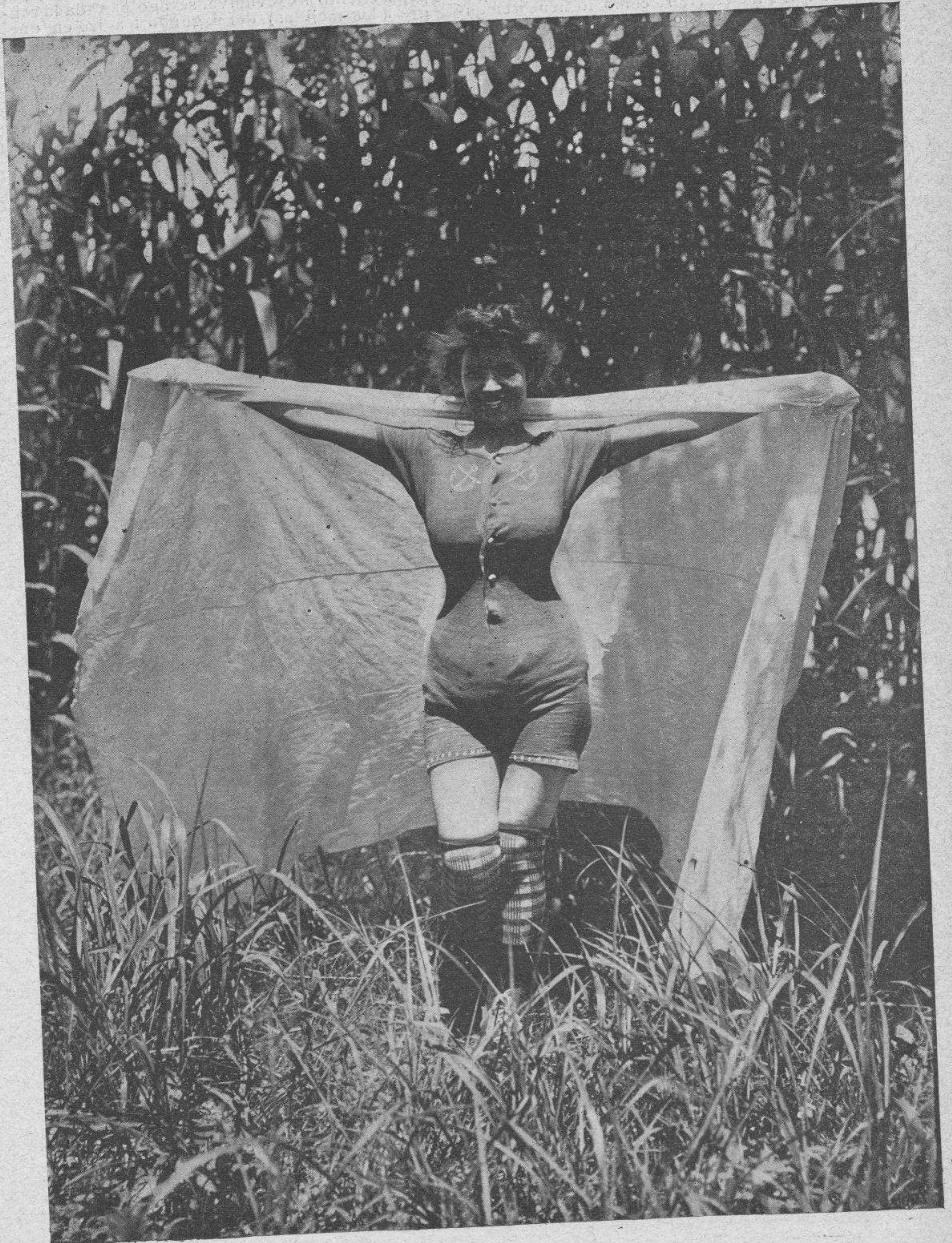
Los veinte hombres que habían ido á la orilla del río, volvieron en aquel momento, igualmente victoriosos y entusiasmados.



A todos se les repartieron tabacos y aguardiente; el Comandante, los oficiales y el elemento civil, les felicitaron calurosamente, y después, con la satisfacción íntima de haber cumplido con su deber, fueron á ocupar sus puestos y los que es-

taban francos de servicio entraron en los dormitorios á descansar de las fatigas de aquel día. Eran las nueve de la mañana.

CARLOS RIA-BAJA



Ni aun así puede una librarse de los curiosos.



## Apuntes bibliográficos

EL DESASTRE FILIPINO.—*Memorias de un prisionero*, por Carlos Ría Baja.—El título y el subtítulo de esta obra bastan para recomendarla. Un prisionero que sabe escribir, como lo tiene demostrado en diversas ocasiones el distinguido periodista que firma con el pseudónimo de que se hace mención; que reúne, entre sus cualidades y virtudes, dotes de observador no corrientes, y sobre todo una sinceridad á toda prueba, ha de trasladarnos (en las páginas del libro donde se cuenta tan grande desventura como es la pérdida de nuestro imperio colonial, el fracaso triste de nuestro poderío), la sensación, la emoción, de la hora negra, del momento lúgubre, del segundo *inenarrable*, entiéndase bien, *inenarrable*, del segundo sin fin en que se para el reloj de las glo-

rias patrias; del segundo trágico, en que... (el pulso tiembla para escribirlo, el alma se irrita, el pensamiento se revuelve, se agolpa toda la sangre á las mejillas), del segundo trágico en que, arriándose el pabellón nacional, se hunde en las profundidades del oceano todo un mundo, todo un pasado de victorias, de conquistas, de grandezas. Nosotros no hemos perdido una isla y un archipiélago; hemos perdido más; nosotros no hemos dado unos palmos de terreno, como los dan otras naciones cuando capitulan, y es inútil que no tengamos valor para decirlo en voz alta, porque no es menos cierto: hemos dado lo que no dá ningún pueblo al pasar por crisis tan tremenda: hemos perdido lo que no hay ejemplo en la Historia de que pierdan ni aun los pueblos

condenados á morir y á desaparecer: algo de la esencia nuestra: algo de nuestra alma, si el alma de las naciones es divisible. De una vez para siempre ha quedado en la profundidad de los mares la tradición.

Se ha hablado mucho en periódicos, en discursos, y hasta en volúmenes, de la bancarrota, de la catástrofe, de la gran desgracia. Todavía no se han escrito las páginas inmortales que lean las futuras generaciones para enseñanza y lección. Quizás es que estamos demasiado cerca del drama, (drama inconcebible, drama estúpido), y falta serenidad á nuestro espíritu: las memorias de Carlos Ría Baja no llenan tampoco este concepto filosófico, pero lo inician: están, y merecidamente por cierto, acaso como capítulo único hasta ahora, en el índice del gran libro, que tarde ó temprano se ha de escribir. Constituyen el sumario de la obra, y en este sentido labor es la de mi compañero que merece plácemes, elogios sin fin. En ella, y esto va más en su abono, el preso, el vencido, el español, el patriota, se imponen muchas veces al literato: tal es la sinceridad con que pinta los hechos, tal es el



—Oye ¿no hablan por ahí de los cuernos de la luna? Yo no los veo.  
—Es que hay cosas que se disimulan muy bien.



sello de honradez que imprime á los serenos, no airados, pero viriles apóstrofes en protesta contra la cobardía de unos, contra los errores de otros, contra la traición y la ignorancia de los más.

Si no completa y minuciosamente, con gran copia de datos, con notable espíritu crítico que se revela en beneficio de la unidad, y que por tanto avalora el mérito literario del libro, *El Desastre*, contiene la impresión exacta de lo ocurrido en Filipinas, desde que, á contar de la mal llamada y luctuosa paz de Biaknabató, caminamos rápidamente, como por un plano inclinado á la

tragedia final, á la resolución del problema que inició Felipe II y que se planteó con nuestras desventuras del Pacífico en toda su magnitud al alborear de este siglo tan triste para los españoles. Bastaría copiar el índice para que se tomara nota de la importancia que ofrece el libro, del cual ofrecemos un fragmento en otro lugar de este número. Aparte de la historia de la insurrección, en que se estudian sus causas y sus efectos; del diario, digámoslo así, de la guerra, en que se va siguiendo paso á paso la resistencia heroica de los destacamentos, abandonados de la metrópoli y de la capital filipina; de la trama narrativa



¡Fondo





Aquí fué.

en suma, hay capítulos como estos: «los railes en Filipinas»; «los yankees»; «disparate de Augustí»; «traidores á la patria»; «estado de los prisioneros, los responsables»; «el congreso en Malolos» y «los prohombres de la República», que sin desentonar del cuadro general, contribuyen á que el libro tenga finalidad, apartándole de otros volúmenes donde el autor no ha logrado imprimir rasgos característicos, fisonomía.

Yo diré con entera conciencia que «El Desastre Filipino es libro que reúne doble interés, por lo que he citado antes: porque á la *sensación descriptiva* une la emoción: hay páginas de tristeza inconsolable y de acentos varoniles: pasan por el libro vergüenzas, infamias, y grandezas y heroicidades; y al concluir, y baste con esto, el lector obtiene la certidumbre de que Filipinas se pudo tal vez conservar, pese á las maniobras de Aguinaldo y de los yankees, y que se pudo impedir desde luego que cayesen ocho mil españoles en la esclavitud.

\*\*\*

EL INGLÉS SIN MAESTRO en 20 lecciones, con la

*pronunciación figurada*, por una sociedad de profesores Americanos.—Este importante libro está editado é impreso en New-York. He estudiado detenidamente la obra: el método que se emplea en ella para la enseñanza del inglés es notable, y desde luego afirmo que facilita el estudio de dicho idioma, por la combinación del ejercicio de la memoria, la exposición y los prácticos. Contiénese en las 20 lecciones todo cuanto puede necesitar el discípulo para expresarse en lo más corriente de la vida y de sus relaciones con los demás, para imponerse (gracias á una sencilla y hábil reducción gramatical en que entran hasta el sonido de las vocales, de las consonantes, y el oficio de las distintas partes de la oración con inmediatas aplicaciones) en el difícil manejo sintáxico, para valerse en todo lo que atañe á la conversación y á la escritura.

EL INGLÉS SIN MAESTRO, que ha obtenido en poco tiempo los honores de la reimpresión, figurando en la edición 2.<sup>a</sup> una tirada de 100.000 ejemplares, es sobre todo útil para cuantos necesiten aprender rápidamente el idioma por tener que visitar los países donde se habla. De venta en las principales librerías.





— Cuando llegemos á la playa, te dejaré la sábana. Hay moros en la costa.  
— Es menester chasquear á los que les gustan las raciones de vista.





# MISCELANEA



Los niños cordobeses, los niños sevillanos...  
¡Niños! ¿qué harán esos niños?

Ya sé, chuparse el dedo; jugar al trompo y al marro; herir los aires á grito pelado porque sus madres les dan un azote y los meten en la cama.

¿Dicen ustedes que nó?

Calle, es verdad; eso ocurría antes, cuando no había plantel de regeneradores. Ahora los muchachos beben, juegan, fuman y aun creo que escupen por el colmillo.

Hasta *becerrear*.

Hacen bien los gobiernos en creer que sobran universidades.

Es todo lo grande que nos ha quedado. Lo infinitamente grande de lo pequeño.

Niños que asestan puñaladas traperas, niños que no se asustan de los difuntos, niños que atracan, y así sucesivamente.

El otro día vi un señorito, no un golfo, de doce años, sentado á la puerta de una taberna y sorbiéndose una copa de triple anís.

Decididamente, despertamos. ¿Qué indican si no todos esos síntomas de precocidad?



Cuando se muera mi niña  
rogaré al sepultero,  
que haga dos huecos juntitos  
para enterrar á dos cuerpos...



Leo en un telegrama:

«Dicen de Córdoba que el obispo de aquella diócesis ha renunciado el cargo de presidente honorario de la comisión nombrada para honrar la memoria de Castelar. El obispo dice que aquel tribuno no fué más que un charlatán y un ignorante.»

¡Adiós, tú!

Pero yo creía que los obispos, en su calidad de miembros apostólicos de una comunión cristiana, estaban obligados á respetar la memoria de los muertos, sin meterse en dibujos políticos.

Además, se trata de un funcionario público, que cobra sueldo de la Nación, de la Patria.

Y Castelar, aparte de sus muchas virtudes, tuvo la de ser un ferviente, un ingénuo y amoroso patriota.

No he conocido en estos últimos y desgraciados tiempos de infamias, de torpezas y de osadías, más que dos seres que hayan sabido infundir estéticamente en el alma pueblo el sentimiento patriótico. Zorrilla (el poeta) y Castelar. (Otro poeta también.)

Es verdad que... ¡vaya usted con estéticas á ciertos hombres!

¡Castelar! ¡Como literato, como orador, como periodista, como estadista, como historiador, como filósofo, como filólogo... como todo, en fin, como todo, está por encima de quienes le injurian desconociendo hasta los preceptos del decálogo!

¡Castelar! ¡Una de las pocas grandezas que podremos salvar de las ruinas de la Patria!

¡Taday, fanático!



El señor Bruno Manzano  
labrador de Andalucía,  
se quejaba cierto día  
de la carencia de grano.  
Mas lo repitió Montojo:  
—Déle gracias á Dios, Bruno,  
que yo tuve una vez uno,  
y de entonces estoy cojo.



## CHARADAS

I

Una letra es mi *primera*  
más también lo es mi *segunda*  
y es un vegetal mi *todo*  
que en las cocinas abunda.

LUIS LÓPEZ DE LOME.

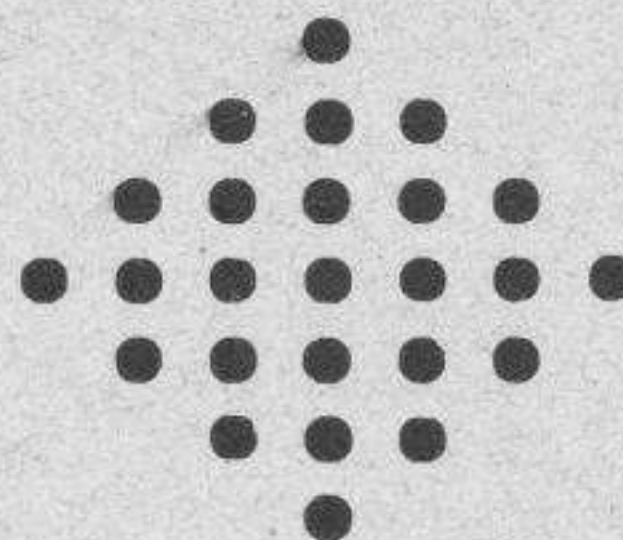
II

En *primera dos* pagado,  
mandó, la *prima dos tres*,  
un cajón con embuchado  
á un hermano en Avilés.

M. Boj.



### Rombo



Substituir los puntos por letras, de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.<sup>a</sup>, consonante; 2.<sup>a</sup>, mineral; 3.<sup>a</sup>, verbo; 4.<sup>a</sup>, rey sabio; 5.<sup>a</sup>, fruta; 6.<sup>a</sup>, licor y 7.<sup>a</sup> consonante.

IGNACIO CANAS.



### Charadas eléctricas

1.<sup>a</sup> Consonante; 2.<sup>a</sup>, ídem *Todo*, planta.

1.<sup>a</sup> Consonante; 2.<sup>a</sup>, vocal; 3.<sup>a</sup>, consonante; 4.<sup>a</sup>, ídem *Todo*, pueblo valenciano.

1.<sup>a</sup> Consonante; 2.<sup>a</sup>, ídem; 3.<sup>a</sup>, ídem; 4.<sup>a</sup>, vocal. *Todo*, nombre de varón.

La 1.<sup>a</sup> es el *Todo* y el *Todo*, es planta.

1.<sup>a</sup> Consonante; 2.<sup>a</sup>, ídem; 3.<sup>a</sup>, ídem; *Todo*, militar.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



### Jeroglífico comprimido

Rojo ra Negación

LINCO.



Soluciones á lo insertado en el número anterior

CHARADAS. — Redoblante, Crín.

CUADRADO. — CESAN  
EDUCA  
SUDAD  
ACABA  
NADAN

CRUZ NUMÉRICA. — Marcelino.

TERCIO SILÁBICO. — MA - GI - NA  
GI - RAL - DA  
NA - DA - DOR

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Alto Songo, Vuelta Abajo.



Correspondencia

A. C. — Unos muy viejos, otros muy flojos. Es preciso apurar el ingenio y aplicarse.

J. F. M. — El publicar trabajos en los periódicos locales á los catorce ni á los dieciséis y muchas veces ni á los veinte, no autoriza á que uno se tenga por escritor. Lo que en la localidad tiene disculpa y hasta gracia, fuera de ella resulta de mal gusto. Se halla usted nó en la edad de vencer, pero tampoco en la de luchar. Está usted en la edad del estudio, de la preparación, de la observación, de la meditación. Compare usted detenidamente los escritos de los periódicos literarios con lo que usted hace y verá si es notable la diferencia. Dirá usted que soy severo. ¡Ay, sí! Creo cumplir con mi deber y hacerle un favor de paso. Algo veo en su artículo que me mueve á recomendarle mucho trabajo y mucha perseverancia. No por mucho ma-  
drugar, amanece más temprano.

S. T. U. — Eso se lo cuenta usted á su tía.  
Lucano. — Allá va esa «oda al valor».

Entró el árabe indómito en la batalla  
se puso la lanza cubierta por pantalla,  
batió furioso al tremendo enemigo,  
y le dijo con tremenda voz: «eres un canalla,  
y se me importa de tu valor un higo».

O una higa, porque como dijo el filósofo, «todo es uno y lo mismo». Lo que no es lo mismo ni uno es ser poeta y ser un asno.

V. L. — Sí, señor, *esta dirección* es tan seria como usted supone, y aun más de lo que usted imagina, con todo y el buen humor que la caracteriza. *Esta dirección* ha contestado varias veces á lo que usted con diferentes nombres ó pseudónimos, aunque nó con diferente letra ni rúbrica le ha remitido, y á *esta dirección* le extraña que usted no entienda esto que está más claro que la luz del día; que no se puede publicar lo que no es publicable, ó sea lo que en diferentes ocasiones, y empleando términos corteses, se le ha rechazado á usted. Conque no venga usted suponiendo que no contesta *esta dirección*, aunque estaría en su derecho si no contestara, porque no sé de donde se han sacado ustedes que *esta dirección* venga obligada á hacer caso de ciertos disparates.

M. J. — «A ella sola» ¡Hombre! ¿á ella sola? Entonces será indiscreción que se entere el público. Sin embargo...

«Olas del mar, que en incesante gozo  
»os rompéis en las rocas con estruendos...»

«decidla en vuestra cántiga amorosa  
»que por su amor me muero».

¿No le parece más bonito y elegante esto de Byron?

Olas del mar, que con la débil quilla  
de mi libre bajel rompo y quebranto,  
corred, llegad á la cercana orilla  
crecidas y amargadas con mi llanto;  
y allí dó triste y silencioso brilla  
mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,  
decid junto á la lumbré al ángel mío,  
que estoy muriendo de cansancio y frío.

Además dice usted que los labios de ella son carmíneos y sus dientes nítidos como el hielo, y eso francamente, no está bien que se lo diga usted á nadie, sinó... á ella sola, querido. Los demás se quedan *nítidos* si se enteran.

C. G. — No me disgusta la idea, pero amigo, se conoce que ha tomado usted malos modelos; ó sea, que

no ha sido cuidadoso en la elección de lecturas y obras de estudio. Parece, dado el estilo y vista la manera de desenvolver el asunto, un boceto de una novela por entregas

J. L. G.—Paso la *bista* y *beo*, ¿qué veo, Santo Dios?

Al pie de la reja  
oíase cantar  
una amable doncella  
de rostro *angelical*.  
Al alegre reclamo  
acuden sin cesar  
los enamorados mancebos  
sin revolotear.

¿Sin revolotear? Ah, vamos, serán mancebos mariposos, del género descubierto por el poeta naturalista Paso.

¡Los recién llegados!  
se despiden de la Amapola  
con los *buelos* cortados.

¿No digo? La amable doncella resulta una Amapola podadera, que por lo visto no es de la familia de las papaveráceas, sinó de las *sirenáceas*, de que no hablan los botánicos, porque son unos ignorantes incapaces de sentir el símbolo y la influencia de los poetas en el reino vegetal.

L. D. R.—«Sigamos al agente de la Marietta...»  
Sigámosle.

«Entremos con él en el merendero...»

¡Mozol! ¡Mozol! que me sirvan un *beefsteak*.  
¡Camará, y qué bien escribe usted, y qué ilusión produce! Ya me figuraba estar sentado á la mesa.  
Dionisio — Soneto á ella.

La mar tranquila dormitaba  
yo pescaba cangrejos,  
y tan embelesado estaba,  
que no vi que á lo lejos  
te estabas tú atando una alpargata.

Siempre he dicho yo que el pescar cangrejos es una operación peligrosa. ¡Mire usted que ponerse ella á atarse la alpargata y no verla! Hay para volverse uno loco. Y la prueba es que tras la malhadada pesca nos suelta usted un soneto tan interesante.

N. M. D.—*Cerón y Cerote*.—R. G.—*Truchimán* —  
D. P. U.—*Idéologo*. — ¡Nada, que no dan ustedes pie con bola!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . .	6 pesetas.
Año. . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año. . . . .	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipografico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.









20 cénts.

Núm. 461



